



JULIO CASTRO, EDUCADOR

ARTURO ARDAO

1.

Cuando se evoca públicamente a Julio Castro, la imagen primera, por más difundida, es la del periodista. Lo fue sobresaliente. Quien, más allá de su diploma fue maestro en tantas cosas, lo fue también de periodismo. La

nota de prensa en sus más variadas formas — desde la llegada a identificarse con el ensayo, en un extremo, hasta el breve suelto bajo el apremio del cierre, en el otro, pasando por el editorial, la crónica, la entrevista, el humor—

no tenía secretos para él. Tampoco los tenía el taller gráfico, en su diversidad mecánica tanto como en la humana, inseparablemente unificadas en su espíritu.

Iniciado como periodista a través de colaboraciones en el diario "El Nacional", 1930-31, y el semanario "Acción" desde su primer número en 1932, lo siguió siendo sin interrupción hasta la definitiva clausura de MARCHA en 1974, de la que era entonces subdirector: como hombre de prensa, a ella se consagró y ella lo consagró. Por la condición rigurosamente honoraria y el sentido siempre misionero de su pluma, sólo en el sentido profesional de la palabra no fue periodista; pero en todo momento será reconocido, tanto como el más íntimo, el más completo e intensamente activo, en la redacción o en la imprenta, entre los más antiguos compañeros periodísticos de Quijano.

Sin embargo, pese a esa difundida y legítima imagen, no fue ante todo periodista. Ante todo fue educador.

2.

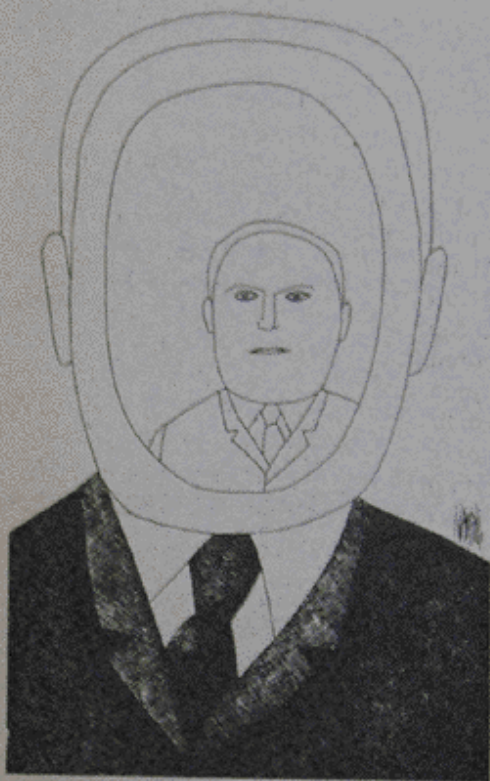
Sin desmedro alguno de aquella imagen primera, enaltecida por tantos grandes educadores periodistas, desde arquetipos como Bello, Sarmiento o Varela, fue Julio esencialmente educador, incluso en tanto que periodista. Los temas educacionales fueron los de su preferencia, ya que no los únicos, a lo largo de toda su línea de prensa periódica. Con todo, fue al margen de ésta que lo verdaderamente nuclear de su personalidad de educador, nacional e internacional, se manifestó. Es en aspectos de este núcleo que queremos detenernos aquí, sin internarnos, de ninguna manera, en el estudio técnico que a los especialistas corresponde.

Ese estudio ya está iniciado, con toda autoridad, por su colega y estrecho compañero de actividades educacionales en el país y en el exterior, Miguel Soler Roca. Primero en su libro *Uruguay. Análisis crítico de los programas escolares de 1949, 1957 y 1979*. Barcelona, 1984, a cuyo frente figuran estas palabras: "Este trabajo ha sido elaborado pensando en

Julio Castro, en su fecunda vida y en su injusta muerte"; y en el que una sección sobre su obra comienza de esta manera: "No me es posible proseguir sin referirme a Julio Castro, a Julio como le llamábamos todos en el Uruguay. (...) La contribución de Julio a este proceso fue determinante y su competencia de pedagogo indiscutida, dentro y fuera de fronteras".¹ Al año siguiente, en el emocionado "Prólogo" al *Cuaderno de Marcha* dedicado a Julio (Tercera Epoca, No. 7, Diciembre de 1985), en el que consigna: "Todas las revistas pedagógicas del país y muchas del extranjero recogieron sus artículos... cuando (sus) obras vuelvan a publicarse, los jóvenes educadores aprenderán buena pedagogía... Transitó por la docencia a pasos rápidos, comenzando como maestro primario y concluyendo como especialista internacional. No era un simple enseñante, sino un investigador, un animador, un formador".²

Si siempre es convencional la distinción entre teoría y práctica, mucho más lo es en el caso de la pedagogía de Julio, donde ellas se dieron siempre tan fuertemente compenetradas, en tan constante interacción. Con todo, en un estudio atento de su obra, sería útil distinguir las hasta donde ello sea posible. Decimos esto porque tenemos la convicción de que Julio es ya un clásico de la educación nacional, tanto por **su solo** ejercicio práctico, como por **su solo** pensamiento teórico: por su sola pedagogía en acción como por sus solos desarrollos de doctrina. Tanto más lo es abarcado el conjunto de su unidad viviente.

Cuando hablamos de su ejercicio pedagógico o de su pedagogía en acción, no nos referimos únicamente, o no nos referimos casi — por obvia — a su docencia en el aula, primaria o normal, o en la sala de conferencias: nos referimos en especial a la puesta en práctica de sus ideas pedagógicas, desde jerarquías educacionales de dirección e inspección; desde comisiones organizadoras o reorganizadoras de la enseñanza, en particular la rural, en la que llegó a ser verdadera autoridad nacional; desde las históricas misiones sociopedagógicas que creara y mantuviera; desde misiones internacionales programadas por Unesco en México, Ecuador y París mismo, o resultantes de personales invitaciones de las autoridades de países latinoamericanos. Algunas de estas mi-



siones lo obligaron a alejarse del suyo, más de una vez, por varios años.

La obra pedagógica práctica de Julio, con su gran centro de gravedad en la enseñanza rural, de la que él mismo procedía y a la que reiteradamente volvió a lo largo de toda su vida, en nuestro interior y en el interior de países hermanos, será objeto, hoy y mañana, de estudios cada vez más pormenorizados por parte de los especialistas. Esos estudios no podrán menos que ratificar y precisar todo lo inseparable que dicha obra fue, no sólo de su fundamentación teórica — constantemente reajustada por la práctica misma— sino también de su permanente milicia social y latinoamericanista.

3.

Es después de los deslindes anteriores, con la puesta de relieve del convencionalismo de los mismos, que en lo que sigue habremos de circunscribirnos a Julio, no ya práctico sino doctrinario de la educación.

Muchos pasajes de doctrina se encuentran en su propia obra periodística, y por supuesto, en

tantas memorias e informes producidos en el curso de su existencia de pedagogo en acción. Pero lo esencial se halla contenido en una serie de trabajos teóricos escalonados en la década del 40, precedidos por la juvenil preparación académica y la docencia inicial, acompañados y seguidos luego por la apasionada y enriquecedora aplicación. En 1939 y 1940, *El analfabetismo* y *Programas escolares*; en 1942, *El banco fijo y la mesa colectiva; vieja y nueva educación*; en 1944, *La escuela rural en el Uruguay*; en 1949, *Coordinación entre Primaria y Secundaria*. Varios de esos trabajos fueron primeros premios en los Concursos Anuales de Pedagogía; por mucho que sus títulos deban ser completados en una elaboración metódica de su bibliografía educativa y social, en lo uruguayo y en lo latinoamericano, quedará siempre en pie que a través de ellos inauguró Julio una etapa nueva en la historia del pensamiento pedagógico nacional.

Una vez más —sin duda con mayor razón aquí— nos remitimos a la investigación, el análisis y la apreciación de los especialistas, desde los que en su época pensaron y actuaron también en primera línea, hasta los nuevos estudiosos de ciencias de la educación, ahora con organización universitaria en el país. Sin embargo, algunas acotaciones queremos adelantar desde la óptica, en cierto modo marginal, de la historia de las ideas pedagógicas en el Uruguay, en el área de la enseñanza escolar. En primer lugar, porque la obra de Julio tiene ya en la misma un sitio tan propio como privilegiado. En segundo lugar, porque estando pendiente la formulación sistemática de esa historia, una de las más valiosas del continente — tanto más si se le añade el pensamiento pedagógico sobre la enseñanza media, la artístico-industrial, la universitaria— pertenece a Julio el primer esbozo de ella, con un primer ensayo historiográfico, aún de su periodización. Llevó a cabo semejante aporte en ese bello libro que es *El banco fijo y la mesa colectiva; vieja y nueva educación*, escrito en 1941 y publicado en 1942.

Una carta de la recordada María Orticochea, Directora entonces de los Institutos Normales, y una lista de igualmente prestigiosos patrocinantes, piezas ambas reproducidas al frente del libro, nos informan no sólo sobre el origen de ésta, sino también sobre la imagen con que